

# PREGÚNTALE A CHATGPT

El 30 de noviembre de 2022, Open AI presentó al mundo ChatGPT, un sistema de inteligencia artificial (IA) que se basa en modelos neuronales del lenguaje y que es capaz de realizar tareas de manera autónoma en cuestión de segundos. Escribe resúmenes, traduce textos, puede componer sonetos o interpretar estadísticas, sólo basta con formular una pregunta. Sin embargo, tiene una importante limitación: no es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso. Sus respuestas no tienen ninguna garantía de veracidad.

Este escenario nos obliga a preguntarnos por el impacto de esta tecnología en la universidad, si mejorará o mermará el aprendizaje, si incidirá al momento de evaluar, entre un sinnúmero de otras interrogantes. Como se trata de un debate nuevo, le preguntamos a dos profesores del Programa su opinión al respecto y esto fue lo que nos respondieron.



# IA EN EDUCACIÓN: ¿AMENAZAS O POTENCIALIDADES?

Por **Silvania Mejías Godoy\***

“Los avances tecnológicos son parte del desarrollo de la humanidad. Hecho innegable, ya que la ciencia y técnica han permitido al ser humano alcanzar condiciones de vida cada vez mejores en el ámbito material, en comparación con sus antecesores. Ejemplo de ello es cómo el avance científico-técnico ha elaborado medicamentos cada vez más avanzados para combatir enfermedades e incluso ropa que protege de mejor forma a las personas en condiciones climáticas extremas.

Parece ser que cada vez que un avance científico trae consigo respuestas prácticas a nuestra vida cotidiana y amplía de forma democrática las posibilidades que tenemos como especie en nuestro desarrollo físico e intelectual, termina legitimándose y pasa a ser una herramienta más que podemos usar cuando lo requerimos. Fue una promesa de la Modernidad misma en la perspectiva de filósofos y científicos ilustrados, el hecho de visualizar en el avance del conocimiento racional, las posibilidades de emancipación y libertad de las personas.

En los últimos meses, he sido testigo al interior de nuestra casa de estudios de lo preocupante que se ha vuelto la popularización del CHAT GPT, ya que el avance científico de esta Inteligencia Artificial de “uso doméstico”, estaría por poner en jaque el proceso de aprendizaje y con ello la razón de ser de la “institución educativa”. En ese marco, considero que la preocupación está dada por dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, la pregunta sobre qué significa aprender y el papel que juegan todos los actores educativos en ello; un segundo aspecto, se juega en el campo de la ética y por ende, qué implica entonces desarrollar un proceso de aprendizaje ajustado a un marco normativo

que sea interiorizado en las prácticas de investigación y desarrollo profesional de nuestros/as estudiantes. Dos aspectos que no pueden abordarse aisladamente, sino que dialógicamente, ya que tanto el proceso como los resultados de aprendizaje deben estar contenidos en marcos éticos que aseguren una formación de calidad.

Por otra parte, es importante que se desarrollen diálogos abiertos al interior de las comunidades educativas que permitan abordar los desafíos, incluso posibles amenazas que la IA puede traernos como sociedad. Pero ese diálogo únicamente será fructífero en la medida que comprendamos que: 1. La inteligencia artificial está entre nosotros y en nuestro quehacer cotidiano mucho antes de la existencia de ChatGPT, que es el responsable de encender las alarmas en nuestra comunidad educativa. 2. La ciencia y tecnología puede traernos muchos beneficios, pero también muchos problemas. Al fin y al cabo, depende de quién y cómo la use. Democratizar el conocimiento siempre es una buena forma de habilitar contrapoderes que mitiguen la posibilidad de un mal uso a favor de intereses particulares que estén apuntando al control y sometimiento de la población. 3. No debemos olvidar que las máquinas están programadas por seres humanos. En el caso específico de ChatGPT, desarrollado por OpenAI, se trata de un modelo de lenguaje entrenado con un volumen importante de datos, que son producto directo de nuestras interacciones cotidianas y decisiones de categorización. Por ende, la capacidad de respuesta de la IA, al final del día, termina dependiendo de la humanidad en su conjunto”.

**\*Bachiller en Ciencias Sociales y Humanidades, Licenciada en Sociología y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Chile. Coordinadora y docente de la asignatura Sociología del Programa Académico de Bachillerato.**

## ¿HAY PELIGRO EN LA IA?

Por Diego Loyola Maureira\*

“Cuando en 1966 el psiquiatra Joseph Weizenbaum creó a ELIZA en los laboratorios del MIT, no se imaginó que al poco tiempo encontraría a su secretaria abrumada ante el computador, contándole sus problemas personales a un fragmento de código escrito en el lenguaje de programación Lisp. Al constatar que muchas personas de diversos lugares lo contactaban para pedir una hora de terapia con el software en cuestión y, peor aún, que la prensa de la época anunciaba los futuros usos clínicos reales de la inteligencia artificial (IA), Weizenbaum se convirtió en un detractor del desarrollo de tecnologías de este tipo.

El temor acerca del peligro de entregar a las máquinas la gestión de cuestiones humanas ha existido desde los comienzos de la IA y últimamente ha cobrado nuevos bríos con los recientes desarrollos de herramientas como ChatGPT. Temores que, como siempre, se han visto reforzados por las afirmaciones mediáticas de célebres empresarios ligados a la tecnología que solicitan el cese absoluto de la investigación en IA, por un plazo arbitrario de seis meses.

Pero, ¿tiene esta preocupación —ciertamente genuina— algún asidero en la realidad? ¿O es más bien producto de las variadas y pintorescas versiones de la disciplina que nos ha entregado el cine, la literatura, la música, la prensa?

Al igual que cualquier programa de computador, una inteligencia artificial —ELIZA, PARRY, ChatGPT— es un código escrito en algún lenguaje humano y que contiene instrucciones. El computador traduce estas instrucciones a su propio lenguaje —unos y ceros— para luego interpretarlas y ejecutarlas con el objetivo de obtener algún resultado, al modo en que nosotros seguimos, por ejemplo, una receta de cocina. Estas instrucciones pueden cubrir diversas áreas de especialidad, por ejemplo, demostración automática de teoremas, procesamiento del lenguaje natural, sistemas expertos, juegos como el ajedrez y el go, reconocimiento de imágenes, entre otras.

Respecto de algunas de estas tareas, las máquinas son más competentes que nosotros desde hace mucho tiempo. Ni el mejor de los matemáticos se puede comparar con la velocidad de cálculo de un computador, y ya nadie se atrevería a desafiar a la máquina a un partido de ajedrez como el famoso Kasparov vs *Deep Blue*. Estas tareas exigen formas de razonamiento deductivo con base en la lógica. Hay otros tipos de tareas que requieren razonamiento inductivo, de carácter estadístico, que se muestran todavía algo deficientes. Una de ellas era hasta hace poco el procesamiento del lenguaje natural, campo en el que el reciente ChatGPT deslumbra, debido al modelo que utiliza, los recursos monetarios y a la impresionante cantidad de datos a los que tiene acceso la empresa desarrolladora, OpenAI. Por último, además de los razonamientos deductivos e inductivos, existe un tercer tipo: el abductivo, el tipo de razonamiento que nos hace plantear hipótesis explicativas con imaginación e instinto, y no se ve de momento cómo las máquinas puedan aproximarse a las capacidades humanas.

Llegados a este punto, ¿dónde está el peligro de las llamadas inteligencias artificiales? Si buscamos en el hecho de que realicen tareas mecánicas mejor que nosotros, no diríamos que es especialmente alarmante que nos derroten en videojuegos o que sumen más rápido. Por el contrario, en este sentido son herramientas que nos permiten mejorar y ser más productivos. Sí vemos peligro, en cambio, en que puedan elaborar frases con sentido en lenguajes humanos. ¿Qué nos hace pensar que la máquina entiende las cadenas de caracteres que está generando? ¿Hay entendimiento en la manipulación de símbolos según el modo en que lo hace una máquina programada? Es difícil aceptar una tesis semejante como si nada. Si bien las más imaginativas escenas del cine de ciencia ficción nos han mostrado a las máquinas desarrollando pensamiento propio y volviéndose contra el ser humano, en la práctica eso está muy alejado de la realidad. Las máquinas no tienen la capacidad de desarrollar ética, es decir, reflexiones filosóficas acerca de la moral. Pero sí que tienen moral y también política, y no surgen de reflexiones propias de la máquina, sino de las instrucciones escritas por los programadores que siguen las directrices y líneas editoriales de las empresas, organismos o estados que financian estas investigaciones.

Pero, ¿cómo podemos evaluar la forma en que el software ha sido programado para comprender los sesgos morales y políticos que incorpora? No podemos. A menos que los desarrolladores de estas herramientas nos compartan el código fuente del programa, los modelos privativos de desarrollo de software nos hacen imposible conocer los detalles de estas tecnologías. No podemos conocer tampoco el uso que hacen de nuestros datos, que voluntariamente entregamos a cambio de poder utilizar estas herramientas. Este peligro, real y preocupante, podría evitarse en principio si los desarrolladores —sean empresas o estados— publicaran el desarrollo de estas tecnologías bajo alguna licencia libre, aunque difícilmente sea el caso, considerando el mundo en el que vivimos.

Al pensar con cuidado sobre este sesgo artificial en las IAs, que les impide posicionarse con claridad acerca de, por ejemplo, si Augusto Pinochet fue una buena o mala persona, podemos ver que efectivamente hay un peligro en todo esto, pero debemos buscarlo en los creadores de IAs y sus motivaciones. Es ahí donde tenemos que ser cuidadosos. Mucho más daño causan a la humanidad las injusticias sociales que acarrea la economía, que una máquina simulando razonar como nosotros. Y así trasladamos nuevamente el problema al bípodo implume.

---

**\*Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile. Coordinador y docente de la asignatura de Filosofía del Programa Académico de Bachillerato.**



JULIEN TROMEUR VÍA UNSPLASH.